

Francisco Albiñana Morán

Mi padre era capitán de Artillería, estaba destinado en Barcelona, en el Regimiento de Artillería que había en la calle Tarragona, y vivíamos en uno de los pabellones militares colindantes con las tapias del cuartel. Éramos tres hermanos, dos chicas y yo. Falleció en julio de 1953, por un inesperado fallo cardiaco, en el Hospital Militar de Barcelona, consecuencia de una anestesia mal aplicada durante una cirugía menor.



La Inmaculada, 1963

Ese año yo estaba escolarizado en Zaragoza, vieniendo temporalmente con mis tíos, mientras mi padre hacía el curso de ascenso a jefes. Un par de meses después, al iniciar el curso escolar, nos incorporamos los tres hermanos a los colegios bajo la tutela del Patronato de Huérfanos de Oficiales del Ejército. Mis hermanas al femenino de Aranjuez y yo al de la Inmaculada para hacer primero de bachiller.

Tutela que duró hasta 1964 cuando ingresé en la Academia General Militar, dándome tiempo a pasar por los de Carabanchel Bajo, 1957, (Bachiller Superior) y Carabanchel Alto (preparación militar), en este último me asignaron el número 801 (de los otros no me acuerdo).

Mi incorporación al colegio de la Inmaculada, que cambio mi cómoda vida familiar por un in-

ternado de huérfanos, fue impactante pero no depresiva, la expectación por tantas cosas nuevas calmaba mi inquietud, pues hasta ese momento, el cariño de la familia, los jesuitas de la Calle Urquinaona de Barcelona y los Dominicos de la Plaza de San Francisco de Zaragoza habían sido mis colegios, y pasaba a un internado seglar, vida para mi desconocida y, por supuesto, interno separado de la familia.

Ver a los alumnos veteranos con el «trapillo», pareciéndome mayores o muy mayores (ya he dicho que yo entraba en 1º de bachiller, su primer nivel, y allí se estudiaba hasta cuarto curso, que compartía con el colegio Santiago de Carabanchel Bajo), dormitorios comunes, aulas con viejas bancas de madera, disciplina controlada por los inspectores, patio en donde además de las formaciones, la principal actividad era el fútbol en los recreos,

Fueron grandes cambios a los que tuve que adaptarme forzosamente. Al principio tuve dificultades con los estudios, las notas no eran buenas, se me daban muy bien las Ciencias y muy mal las Letras. La exigencia impuesta de memorizar excesivamente me pedía un tiempo y un esfuerzo que yo no le daba, pero pasé los cursos, hasta llegar a Cuarto que no lo superé; fue cuando decidieron trasladarme al que se hacía en Carabanchel Bajo. medida que sorprendentemente me benefició mucho, pues mi vida mejoró bastante.

Volviendo a los recuerdos del colegio de la Inmaculada, debo decir que tampoco llevaba bien someterme a las normas y disciplina. Aquellos diez puntos virtuales, semanales, que manejaban los inspectores, para valorar el comportamiento y la conducta, me duraban poco.

Cierto es que no tenía grandes faltas disciplinarias, pero el hablar cuando no se debía, el llegar tarde y pequeñas desobediencias, hacían que la renta se acabase enseguida con demasiada frecuencia; me pasé muchos meses sin poder salir de paseo.

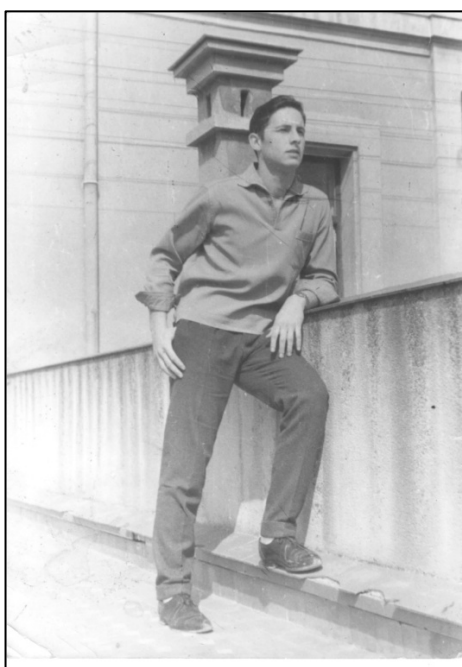
Evocando algunos momentos



Con mi madre y hermanas en 1953



En el Bajo 1962



En el Alto en 1964



En la AGM 1966

Era asiduo a las clases de castigados durante el recreo o los fines de semana; y eso sin contar la cantidad de veces, cientos, que tuve que hacer «copiados». Frases como «no hablaré en clase» y «obedeceré al inspector sin rechistar», y otras parecidas, pasaron por mi lápiz con reiteración, incluso hubo ocasiones que algún bueno y piadoso amigo me ayudaba copiándolas él en hojas que yo intercalaba entre las mías.

Por otro lado, cuando me incorporé yo estaba bastante gordito, lo que era excepcional y generaba, al principio, una cierta marginación en el trato, pero no recuerdo haber sufrido acoso físico escolar. El mote que me pusieron nada más llegar fue «Michelin», como el anuncio de los neumáticos, mote que fue perdiendo actualidad con el desarrollo de la pubertad y la obsesión que me invadió por hacer deporte, al que le dediqué mucho esfuerzo y esperanzas.

Pasé temporadas demasiado largas sin ver a la familia, y muchas vacaciones me quedaba en el colegio, pues no pudiendo ser atendidos por la familia los tres hermanos a la vez, yo prefería que lo fueran mis hermanas. El Castillo de Santa Cruz en La Coruña, colonia de veraneo, fue una gran alternativa que yo disfruté varios años sin problemas, mejorando el disfrute conforme crecía mi veteranía, al mismo tiempo que aumentaba mi edad, mi sensatez y se adecuaba mi complejión.

Proceso que mejoró notablemente con el paso del tiempo. Hay que afirmar que durante toda mi estancia nunca pasé hambre, sí eché en falta algunos platos de cocina doméstica, que servían en casa antes de fallecer mi padre. Recuerdo que la comida extraordinaria del Día de la Inmaculada (8 de diciembre) era especial porque además de los festejos, nos ponían huevos fritos y no puedo olvidar la mejora que supuso en la alimentación, lo que se llamó «la ayuda americana», con su leche en polvo, chocolate y un queso inadmisible.

A modo de síntesis diré que mi paso por los tres colegios mencionados no fue uniforme. En la Inmaculada viví un proceso de adaptación a mi nueva vida, superando el impacto de las dificultades que suponían la poca edad y la diferencia con mi anterior vida familiar afectiva, la carencia de la tutela personal de los padres, la sumisión a la necesaria disciplina escolar. Todo era nuevo para mí, pero lo superé y la aceptación de la situa-

ción se completó identificándome con el resto de los alumnos.

A Carabanchel Bajo llegué siendo veterano, la vida del internado no era nueva y aunque yo iniciaba mi estancia en el nivel escolar más bajo, con Cuarto de bachiller repetido, el desarrollo de mi cuerpo, pues crecí bastante, la evolución de la personalidad, del carácter, la pubertad, el que no nos trataran como niños, alivió mi estancia y me hizo más sensato. Contribuyendo a ello, especialmente, la facilidad en la práctica deportiva, que en ese colegio estaba fomentada por un joven y magnífico profesor de gimnasia, Manuel Pascua Piqueras, y facilitada por las amplias instalaciones, incluyendo una piscina, que cuando llegaba la pretemporada, yo era el encargado de elegir el equipo que la acondicionaba, privilegio que nos permitía eludir temporalmente los obligatorios estudios.

Los recreos, cualquier tiempo libre, los fines de semana sin clases eran la oportunidad de intentar practicar algún deporte de los habituales en el colegio; recuerdo que salíamos al patio apresuradamente para llegar a completar el número de jugadores, y que después de la elección de sus equipos, por dos de los más hábiles, entre los que habían llegado primero, empezaban los partidos.

El fútbol, baloncesto y balonmano eran los más demandados, pero no hay que olvidar la gimnasia, el hockey sobre patines, el atletismo... que también exigían su tiempo de entrenamiento, pues el colegio participaba en los campeonatos escolares de Madrid con bastante éxito. A mí al principio no me elegían, o lo hacían a la fuerza como último recurso, pero mi paciencia, insistencia, tenacidad y mejora, permitieron que fuera progresando y llegué a ser titular de los equipos del colegio.

Debo subrayar, pues es oportuno, que en ese colegio tuve una transformación notable en mi comportamiento y actividad escolar. En lo que tuvo que ver, además de lo descrito, el que pasado el cuarto y la reválida, en quinto, elegí Ciencias, donde predominaban las matemáticas, física, química, dibujo... que se me daban mucho mejor, y tomándome los estudios más en serio conseguí buenas notas, ascendiendo a los primeros puestos de clase.

Ese cambio, llamó la atención de los dirigentes del internado (D. David, D. Lorenzo y demás profesores) y también sorprendió a mi familia, que no acababan de creérselo (incluso mi abuela, que recibía las notas en su domicilio, llamó preguntando si las había falsificado). El caso es que fui designado como una especie de «secretario» de Dirección, uno de los privilegios que ostentaban los alumnos distinguidos ¡quien lo hubiese dicho algunos años antes!

Acabado el bachiller, opté, aun con dudas pues me atraía muchísimo la arquitectura, por intentar ser militar y me incorporé al colegio de Carabanchel Alto, donde se preparaba la oposición para ingresar en la Academia General Militar. Allí el ambiente era adecuado para el gran esfuerzo que se exigía, en donde ya era una decisión personal el estudiar intensamente, el resultado se medía en una única convocatoria anual, acudiendo a dicho centro, donde los tribunales de exámenes valoraban el mencionado esfuerzo.

Pero los internos ya éramos adultos y aunque a esa edad duele el salir a la calle sólo los sábados y domingos, se vivía con alegría, compañerismo, esperanza e ilusión el poder ingresar en la carrera de nuestros padres. La preparación, además del conocimiento necesario, exigía algo de suerte, pues sobre todo en las dos últimas pruebas, (séptima y octava, tras el primer examen escrito, de problemas) las dos de matemáticas, te enfrentaban a un tribunal formado por cinco profesores que, tras dar vueltas a un pequeño bombo de los de bingo, con las bolitas numeradas, te hacían sacar una con el temario de la oposición que les tenías que exponer públicamente.

Una pizarra, donde solo había una silla, un borrador y mucha tiza, te enfrentabas al porvenir deseado. Las demás pruebas eran por escrito, salvo un exhaustivo reconocimiento médico y las pruebas físicas. El caso es que, en 1964, conseguí superarlo y me incorporé a la Academia General Militar en septiembre como alumno del Cuerpo de Intendencia, saliendo en Ávila, cuatro años después, como teniente.

En la continuidad de mi internado no sentí soledad. Cuando la familia, los hermanos, están ausentes, la naturaleza acude a suplirlos con la amistad y yo tuve magníficos amigos, que ocuparon su puesto.



*En el Alto en 1963, en la fila del profesor,
2º por la derecha*

El compañerismo y el aprecio que me demostraron han dejado una huella imborrable en mis recuerdos, algunos de ellos han fallecido, otros se han diluido en la distancia, pero afortunadamente todavía mantengo contacto con varios que siguen dándome el placer de su contacto. Juan Carlos Cáceres Barona, Alonso Siles, Muñoz Arroyo, Lalaguna Nieto, Gil Barberá, Francisco Nieto, Gil Piñas, Justo, Areste, Campos Espiga, Delgado Almellones, Salazar de Andrés, Romero Mené, Zubiaurre, Escudero, Tejada, Casado, Rivera, Vilches... y pido perdón, si leyendo esto, defraudo a alguno, pues hubo muchos más.

Profesores e inspectores en el recuerdo especial. Este punto ya ha sido respondido en los anteriores, pero además de los ya mencionados, dejaron impresión en mí inspectores como Camblo, en la Inmaculada. Artigó en el Bajo. Profesores como D. Pio, D. Trinidad o el de Historia, en la Inmaculada. El «Virulé» (perdón por los mote, pero no recuerdo algunos nombres, este era un magnífico profesor de Física y Química), en el Bajo.

En el Alto: El «Culeras» (tampoco recuerdo el nombre de este inspector, pero sí su mote), el coronel Sousa, coronel Tejero, coronel Lobo, coronel Usoz... Todos en el Alto. Y muchos más que me gustaría incluir o definir, pero la falta de espacio y memoria me impiden hacerlo.

Mi primera vida al dejar los colegios ya ha sido mencionada. La carrera militar, cuatro años más de internado y disciplina, pero con la satisfacción de tener un porvenir elegido y asegurado. La profesión militar es exigente y absorbente, y yo la he ejercido plenamente, ella me ha dado oportunidad de vivir situaciones y experiencias muy variadas, El Sahara, Paracaidismo, Profesorado donde antes fui alumno, misiones en Guinea, Guatemala, Alemania...

Una Hoja de Servicios que no puedo exponer extensamente, pero sí mencionaré que me dio tiempo a diplomarme en varias especialidades, a ser profesor de Gimnasia, militar y civil (llegué a dar clases, como civil, en un instituto), también hice los cursos de entrenador nacional de balonmano y atletismo, aunque nunca los ejercí, incluso llegué a iniciar los estudios de Arquitectura, que debí abandonar por «La marcha verde», incluso pasado a la reserva de coronel, ejercí como director gerente de dos empresas varios años, y participé en la política al ser elegido como concejal-diputado autonómico en la ciudad de Ceuta, donde resido.

Ahora, la lectura, leer, escribir, viajar cuando puedo y disfrutar de los amigos, y sobre todo de la familia son mis ocupaciones favoritas. Me casé en 1968, afortunadamente, con la misma mujer que vive a mi lado, que me ha apoyado siempre y sufrido con resignación las exigencias de mi profesión. Dentro de poco cumpliremos cincuenta y siete años de matrimonio. Hemos tenido cuatro hijos, tres chicas y un varón, que, junto a mis tres nietas, mayores ya y dos yernos son mi orgullo, mi cariño y mi alegría, alegría que se transforma en íntima tristeza cuando recuerdo, y lo hago continuamente, a mi hija más joven fallecida repentinamente hace algo más de un año.

Pertenezco a la Asociación desde sus inicios, he asistido a varios Días del Pínfano, donde disfruto

los recuerdos y añoranzas con los asistentes. He sido premiado un par de veces por mis poesías, y paso mucho tiempo ojeando «pífnanos.es», viendo fotos una y otra vez, recordando como vivimos, identificando a los compañeros, rememorando antiguas aventuras escolares...

En fin, añorando aquella juventud que soporté adecuadamente y tratando de superar la dolorosa pérdida de un padre; intento conseguir los libros de los colegios en los que he estado (la Inmaculada, el Bajo, el Alto, el Castillo y también el de Aranjuez donde estuvieron mis dos hermanas).

Puedo añadir, que me siento bien representado por la dirección de la Asociación, a los que agradezco su dedicación y esfuerzo, sabiendo lo que ello supone. Pero respecto al futuro, la visión me inquieta, pues los antiguos pífnanos, aquellos que vivimos de la manera descrita en estas letras, vamos disminuyendo, vamos quedando menos por el paso del tiempo y de las actuales normas, afortunadamente mejores, que tutelan a los huérfanos.



En la actualidad

Veo con un cierto sentimiento de nostalgia, como van desapareciendo los colegios y residencias que formaron la red local tutelar del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra.

Un muy fuerte abrazo a todos, deseándoos lo mejor en el caminar por la vida que nos toca recorrer.

Ceuta, abril 2025.